

Ciudad de niñxs. Emociones y afectos en el espacio público¹

[CAMILA PARODI]

Instituto Regional de Estudios Socio-culturales, Universidad Nacional de Catamarca (UNCA).
Universidad Nacional de Córdoba (UNC)
camilaparodio4@gmail.com

[HEBE MONTENEGRO]

Instituto de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)
hebe.montenegro@gmail.com

Resumen

La infancia, al igual que otras categorías generacionales, está social, geográfica e históricamente construida. Así cuando se habla de niñez no se habla de la experiencia de un momento de la vida monocorde y homogéneo, sino que, muy por el contrario, existen múltiples formas en las que los sujetos experimentan la niñez. La dimensión urbana de dicha experiencia y los modos en los que lxs niñxs se vinculan con la ciudad, y más específicamente el espacio público, es una de las tantas formas de experimentar la niñez, relevantes para el estudio antropológico. Este artículo se propone indagar en una dimensión poco explorada de la experiencia urbana infantil, así como la experiencia urbana en términos más amplios, las emociones y afectos que niñxs y adolescentes construyen en el espacio urbano, en dos contextos diferentes: la villa 31 de Retiro, en la Ciudad de Buenos Aires, por un lado, y las calles de Morón, por el otro.

Se parte de la perspectiva etnográfica, la cual permite captar la espesura y profundidad de las prácticas cotidianas de los sujetos y al mismo tiempo vincular dichas prácticas con procesos sociales generales. Por medio de registros de campo, entrevistas estructuradas y charlas informales, se analiza la construcción de afectividades por parte de lxs niñxs en ambos contextos, para luego ponerlos en diálogo. Se arriba a la conclusión de que lxs niñxs participan de la producción del espacio público por medio de las emociones y afectos que allí despliegan, y que la dimensión afectiva es parte fundamental de su experiencia urbana.

Palabras clave: infancia, afectividad, urbano, etnografía

¹ Artículo recibido: 4 de abril de 2022. Aceptado: 4 de enero 2023.

A children's city. Emotions and affections in the public space

Abstract

Childhood, much like other generational categories, is socially, geographically, and historically constructed, thus, when we talk about childhood, we are not talking about an, homogeneous experience of a moment of life, but rather on the contrary, there are multiple ways in which subjects experience childhood. The urban dimension of this experience, and the ways in which children relate to the city and more specifically, its public space, is one of the many ways of experiencing childhood, relevant to anthropological study. This article intends to investigate a little explored dimension of the children's urban experience –and the urban experience in broader terms–, which are the emotions and affections that children and adolescents build in the urban space, in two different contexts: the “Villa 31” neighborhood in Retiro, in the city of Buenos Aires, on one side, and the streets of Morón, on the other.

It starts from the ethnographic perspective, which allows capturing the thickness and depth of the daily practices of the subjects, and at the same time, linking these practices with general social processes. Through field records, structured interviews and informal conversations, the construction of affectivities by children in both contexts is analyzed, to then put them in dialogue. It is concluded that children participate in the production of public space through the emotions and affections that they display there, and that the affective dimension is a fundamental part of their urban experience.

Keywords: childhood, affection, urban, ethnography

Cidade de crianças. Emoções e afetos no espaço público

Resumo

A infância, como outras categorias geracionais, é social, geográfica e historicamente construída, assim, quando falamos de infância não estamos nos referindo à experiência de um momento da vida em um sentido homogêneo, mas, ao contrário, existem múltiplas formas nas quais sujeitos vivenciam a infância. A dimensão urbana dessa experiência, e as formas como as crianças se relacionam com a cidade e, mais especificamente, com o espaço público, é uma das muitas formas de vivenciar a infância, sendo relevante para o estudo antropológico. Este artigo pretende investigar uma dimensão pouco explorada da experiência urbana infantil –e a experiência urbana em termos mais amplos–, que são as emoções e os afetos que crianças e adolescentes constroem no espaço urbano em dois contextos distintos: a “villa 31” do Retiro, na cidade de Buenos Aires, de um lado, e as ruas de Morón, do outro.

Parte-se da perspectiva etnográfica, que permite captar a espessura e profundidade das práticas cotidianas dos sujeitos e, ao mesmo tempo, vincular essas práticas aos processos sociais gerais. Por meio de registros de campo, entrevistas estruturadas e conversas informais, analisa-se a construção de afetividades pelas crianças em ambos os contextos, para depois colocá-las em diálogo. Conclui-se que as crianças participam da produção do espaço público por meio das emoções e afetos que ali manifestam, e que a dimensão afetiva é parte fundamental de sua vivência urbana.

Palavras-chave: infância, afetividade, urbano, etnografia

Introducción

No existe una única forma de atravesar la experiencia de ser niñx, sino que, muy por el contrario, cuando se habla de la niñez se está hablando de una pluralidad de formas de existir, aunque algunas de esas formas no sean las más visibilizadas o las más insertas en el sentido común. La niñez está social, geográfica e históricamente construida y, por lo tanto, los sentidos asignados a ella varían de región a región y de un momento histórico a otro. Estos sentidos se entretajan con las propias experiencias infantiles y lo que significan para lxs mismxs niñxs, estableciendo un diálogo siempre dinámico entre sentidos y experiencias.

El espacio, por su parte, lejos de ser un mero escenario donde la vida social se desarrolla, es constitutivo de las prácticas, sentidos y vínculos que en él se despliegan, siendo a la vez constructor de y construido por los sujetos. Además de las prácticas cotidianas que lo moldean y la materialidad que lo compone, el espacio también está hecho de una dimensión simbólica, la de las vivencias, las memorias y los sentimientos asociados a ciertos lugares y no a otros. Así, como se construyen subjetividades en el espacio, también se producen afectos y emociones en los cuerpos que habitan los lugares. Desde esta perspectiva, podemos pensar que al habitar el espacio urbano lxs niñxs lo moldean y son moldeadxs por él, participando de la producción de los espacios públicos. En esa producción, además de prácticas concretas y formas de habitar, se entran distintas emociones y afectos que se ponen a jugar también en los modos de estar y ser en el espacio. Las emociones y los afectos forman parte de las dinámicas sociales y políticas, y de aquella vida cotidiana que es la materia prima de la etnografía (Rockwell, 2009). Además de preguntarnos por aquello que los sujetos hacen y lo que dicen de lo que hacen, también cabe la pregunta por lo que sienten cuando lo hacen. Como enuncia Ahmed (2015): “El conocimiento no puede separarse del mundo corporal de los sentimientos y las sensaciones; el conocimiento está ligado a lo que nos hace sudar, estremecernos, temblar, todos esos sentimientos que se sienten, de manera crucial, en la superficie del cuerpo, la superficie de la piel con la que tocamos y nos toca el mundo”. En este artículo nos proponemos explorar los sentidos que lxs niñxs producen para con el espacio público, atendiendo fundamentalmente a la dimensión afectiva de sus prácticas en el espacio público. Trabajamos con dos campos diferentes, pertenecientes a nuestras respectivas investigaciones, sustentadas en el enfoque etnográfico. Por un lado, un grupo de niñxs, adolescentes y jóvenes² con experiencia de vida en calle de entre 12 y 21 años en el centro de Morón, Provincia de Buenos Aires. Por el otro, un grupo de niñxs y adolescentes de entre 11 y 15 años que viven en la villa 31 del barrio de Retiro, en la Ciudad de Buenos Aires. Nos interesa reflexionar, en un primer momento, sobre las formas en las que estos sujetos se vinculan con el espacio público en cada contexto particular, para luego establecer un diálogo entre ambos campos.

Marco teórico metodológico. La niñez situada

La mirada antropológica nos invita a reflexionar sobre las formas en que aquello que

² Se recurre a la categoría “juventud” para incluir a aquellas personas jóvenes que habitan el espacio urbano de Morón y con quienes ya se tenía un vínculo previo durante su trayectoria como niñxs y/o adolescentes con experiencia de vida en calle y que hicieron parte del trabajo etnográfico por dicho recorrido

nosotrxs llamamos infancia no representa lo mismo y no es experimentado de la misma manera por todos los sujetos. Las edades son recortadas socialmente de distintas maneras y se perciben valorizadas de formas diferentes en la sociedad. Partimos, como hemos adelantado, de entender a la niñez como una construcción sociohistórica, heterogénea, cambiante y disputada (Szulc, 2006). La niñez pensada como conjunto social, donde el sujeto niño está inmerso en relaciones de poder de su contexto particular (Carli, 1999); de forma tal que, al ser entendida en contextos de desigualdad social, la niñez se construye de forma diversa (Szulc et al, 2009). Por otro lado, concebimos a lxs niñxs como sujetos sociales e interlocutores competentes (Szulc, 2015). El sentido común suele generar formas naturalizadas de mirar la niñez vulnerada o empobrecida, estas miradas acontecen no sólo en los espacios sociales o populares de disputa política, sino en todo el diverso abanico político, institucional, mediático, religioso y, también, académico construido sobre la niñez. En este sentido, el enfoque antropológico acerca de las perspectivas de la infancia nos permite pensar en cómo construimos e incorporamos conocimientos con lxs propixs niñxs. Pensar en lxs niñxs como agentes sociales que reflexionan sobre sus acciones y su vida cotidiana rompe con las nociones de sentido común que les definen a partir de sus carencias, de autonomía, de madurez sexual, de responsabilidad, considerándolos como meros receptores de las acciones de los adultos (Szulc, 2006). En ese marco, el enfoque etnográfico nos permite analizar y problematizar “la niñez” desde el modo en que cada sociedad construye esta etapa del ciclo vital (ibid, 2004). Desde esta perspectiva, la infancia se encuentra atravesada y construida por una maraña de relaciones de desigualdad que incluyen las de género, capacidad, clase, geografía, racialidad y generación. Con relación a este último punto, coincidimos con Duarte Quapper (2012) quien plantea que vivimos en una sociedad adultocéntrica, en donde tanto las generaciones más jóvenes (niñxs y adolescentes) como las más viejas (lxs adultxs mayores) se ven subsumidxs a las decisiones de lxs adultxs, en una relación de jerarquía y desigualdad. Por ello, aunque reconocemos que existen diferencias entre la niñez y la adolescencia como momentos de la vida, consideramos que en su relación con las otras generaciones ocupan un mismo lugar y, por ende, a lo largo de este trabajo hablaremos de niñez y adolescencia de forma indistinta.

Si bien existen ciudades desde antes de que existiera el capitalismo, la historia de las ciudades modernas, como las conocemos hoy en día, está atravesada por la historia del sistema capitalista y la revolución industrial (Soja, 2008). Con la revolución urbana y su posterior parcelación de las calles la ciudad se constituye a partir de “la renta del suelo y la separación tajante entre menesterosos y pudientes” (Pojomovsky, 2008: 47). De esta manera, el suelo urbano, privilegiado por su conectividad y la disposición de los servicios, comercios e instituciones aparece como una construcción de sentidos contradictorios. Por un lado, es el espacio por excelencia para la circulación y participación de sus habitantes, y lo público –asociado a la noción de polis–, se erige como aquella instancia radicalmente democrática, en donde todxs podemos participar de los debates políticos. Por el otro, también representa un “no lugar” (Augé, 1993), entendido como un espacio de conductas estándar no domésticas.

A su vez, el uso de los términos “calle”, “barrio”, “villa” y el “espacio social” aparecen como indisociables de las trayectorias de los sujetos con los que se decide trabajar. En esa línea, tomamos la propuesta de Henri Lefebvre (1974) para hablar de la

“producción del espacio”, entendiéndolo como envoltorio de las producciones sociales en sus relaciones y simultaneidad que pueden relativamente variar entre orden y desorden. La ciudad, entonces, aparece como “espacio creado, modelado y ocupado por actividades sociales en el curso de un momento histórico” (1974: 130). No existe espacio “pre-existente o neutral”, sino que el espacio es construido por –a la vez que también, construye a– los sujetos que lo habitan, y es por ello, inherentemente social. Los sujetos se apropian del espacio social y lo habitan al interactuar con otras personas constituyendo actos creadores de espacio (De Certeau, 2001)

En esta misma línea, diversos estudios de los últimos años han indagado en torno los modos en que las emociones y los afectos se vinculan con la ciudad, planteando que la construcción de las subjetividades está atravesada por el espacio urbano (Lindón, 2015). Perez Sanz y Gregorio Gil (2020), haciéndose eco de los estudios de género y feministas que pusieron el foco en las experiencias de las mujeres y disidencias sexo genéricas en la ciudad, amplían la noción de derecho a la ciudad de Lefebvre (1968). Así, proponen que además de habitar la ciudad, hacer uso de ella y participar en su planificación, otra arista ineludible del ejercicio del derecho a la ciudad implica la posibilidad de construir afectos y sentimientos de pertenencia en sus espacios. En este sentido, coincidimos con Shabel (2020) que plantea que las emociones son formas de conocer en los procesos cotidianos, ya que estas son parte de las relaciones sociales y, por ende, si los espacios urbanos están atravesados por éstas (a la vez que también las atraviesan), también se encontrarán atravesados por las emociones que los sujetos construyen y desarrollan en relación con dichos espacios.

Estos estudios, a su vez, abrevan en el llamado “giro afectivo” (Macón, 2013) el cual pone sobre la mesa la relevancia de los afectos y emociones para la producción de conocimiento acerca de la vida cotidiana de los sujetos. A su vez, el giro afectivo hizo fuerte énfasis en disolver el binarismo emoción/razón (Zenobi, 2020). En este sentido, diversxs autores plantean la división entre afectos y emociones proponiendo que los primeros corresponden a sensaciones corporales no conscientes mientras que las segundas son la estructuración discursiva de aquellos (Solana, 2020). Coincidimos con Solana (2020) quien advierte que, si bien la división es analíticamente productiva, debemos cuidarnos de no utilizarla para reproducir una ontología binaria en la que los afectos pertenecen al mundo espontáneo y natural y las emociones al determinado y social.

La antropología como disciplina se propone captar la perspectiva de los propios actores sociales (Colangelo, 2003), por lo que se trata de una propuesta político, teórica y metodológica imprescindible para la recuperación de las voces y miradas de lxs niñxs sobre su cotidiano. Desde este enfoque, a su vez, se posibilita el estudio de manera integral de los procesos sociales para articular los diferentes niveles de análisis –el cotidiano y el estructural– que no son autónomos, sino que están relacionados entre sí (Achilli, 2013). La vida cotidiana es entendida, en este sentido, como el momento de reapropiación de la existencia por parte de los sujetos (Rockwell, 2011). Desde esta perspectiva, es posible comprender el proceso particular y las trayectorias de las personas junto con el proceso más amplio de las políticas de intervención estatal, o incluso, los procesos supraestatales.

Nos proponemos, entonces, dar cuenta de las prácticas cotidianas de niñxs y adolescentes que transitan el espacio urbano en el centro de Morón (Provincia de Buenos Aires) así

como en la Villa 31 (Ciudad de Buenos Aires) desde sus propias experiencias y relatos. La etnografía como forma de producción de conocimiento permite abrir aquellos conceptos consensuados como universales y naturales a la diversidad de la experiencia humana (Guber, 2001), y reintroduce el sentido que ella tiene para los sujetos (Szulc et al, 2009). A partir del trabajo de campo, y mediante el abordaje desde la subjetividad como punto de partida, las experiencias diversas de los sujetos resquebrajan los conceptos universales. La etnografía como método abre la posibilidad de generar una práctica de escucha atenta del “otrx” (Guber, 2001). Al mismo tiempo, las emociones también forman parte de las experiencias de los sujetos, están temporal y espacialmente situadas, y son pasibles de ser analizadas etnográficamente (Sirimarco y Spivak L’Hoste, 2019). Podríamos pensar, parafraseando a Malinowski, que la etnografía se trata de observar aquello que los sujetos hacen, lo que dicen de lo que hacen y también, cómo se sienten al hacerlo. Siempre atendiendo a no caer en descriptivismos (Sirimarco y Spivak L’Hoste, 2019) e intentar situar aquellas emociones y afectividades en un campo empírico, en relación con una pregunta de investigación antropológica concreta. En nuestro caso, se trata de situar las emociones y afectos de lxs niñxs en el contexto de su relación con el espacio público y sus experiencias urbanas.

Desde esa perspectiva, consideramos a lxs niñxs, adolescentes y jóvenes como sujetos sociales ya que no sólo construyen sentidos y estrategias respecto de los procesos sociales que transitan –sentidos que son de interés para la investigación social (García Palacios y Hecht, 2009)–, sino que también producen conocimiento (García Palacios, 2015; Szulc, 2017; Shabel, 2019) de forma tal que una etnografía enfocada desde sus aportes contribuye a la complejización del estudio de los procesos históricos y sociales. Esta investigación se construyó sobre la base de un trabajo de campo continuo compuesto por instancias de observación participante y registros de campo y también entrevistas tanto formales como informales con lxs niñxs y adolescentes. En Morón, el trabajo de campo se realizó compartiendo la dinámica cotidiana de circulación por el territorio llevada a cabo por niñxs y jóvenes de 8 a 21 años aproximadamente, entre los meses de marzo y noviembre del año 2019. Se trata de un grupo fluctuante que varía en su permanencia según la época del año. En la villa 31, el trabajo de campo consistió en acompañar las actividades que una organización socio-comunitaria realizaba con un grupo de niñxs de entre 11 y 15 años, muchas de las cuales se realizaban en el espacio público, y a su vez, acompañar a lxs niñxs en sus recorridos habituales por el barrio y sus dinámicas allí.

La Villa 31

Si bien la Ciudad de Buenos Aires es una de las ciudades más ricas de Latinoamérica su territorio está marcado por profundas desigualdades que la recorren, casi siempre, de norte a sur. Las diferencias entre la ciudad que existe hacia el norte de avenida Rivadavia y aquella que se erige al sur la misma son cada vez más notorias, acompañadas por una gestión de la Ciudad (de la mano del PRO³, partido gobernante desde el año 2007) que lleva adelante una perspectiva empresarialista y especulativa sobre el suelo urbano, con políticas expulsivas hacia los sectores populares (Marcús, 2014, L’Huillier, 2020).

³ PRO es la abreviación y nombre por el que es generalmente conocido el partido político Propuesta Republicana

La problemática habitacional y del derecho a la vivienda digna es un conflicto a nivel mundial (Rolnik, 2021), y la Ciudad de Buenos Aires no es una excepción.

Algunas de esas desigualdades están más a la vista que otras, y eso es lo que sucede con la villa 31, cuya historia se remonta a 1930, transformándola en uno de los barrios populares más antiguos que se asientan en la trama porteña. La 31 cuenta con la peculiaridad de encontrarse en la zona norte de la ciudad, en el barrio de Retiro, que desde hace algunos años atraviesa un proceso de puesta en valor general de la zona, aumentando su valor inmobiliario). Algo similar ocurre con la villa Rodrigo Bueno, en la parte sur de Puerto Madero, y también con el Playón de Fraga, en el límite entre Chacarita y Colegiales. Las villas, en tanto forma de producción informal del hábitat, son una suerte de fractura expuesta del capitalismo contemporáneo y sus procesos de acumulación por desposesión (Harvey, 2004), pero también forman parte a su vez de un proceso de resistencia y organización popular frente a las miserias del capital.

AulaVereda Villa 31 es una de las tantas organizaciones que en el barrio lleva adelante actividades de acompañamiento escolar y recreación para lxs niñxs de la zona. Trabajan en el Centro Cultural La Casa de Clelia los días sábado, con un grupo variable de 30 niñxs que tienen entre 3 y 18 años. Lxs niñxs en su mayoría eran amigxs entre sí, y todxs participaban activamente de AulaVereda Villa 31, donde se encontraban e intercambiaban, y a la vez, algunxs de ellxs se encontraban por fuera de ese espacio de forma cotidiana. Varixs iban al mismo colegio (aunque no todxs al mismo grado), o vivían a escasos metros entre sí, por lo que compartían su vida cotidiana, e incluso, se encontraban en otros espacios comunitarios del barrio, como otros apoyos escolares a los que también concurrían. También se encontraban en las calles del barrio y las utilizaban de forma lúdica, jugando a la mancha, las escondidas o al fútbol.

Por medio de las prácticas lúdicas se construyen emociones asociadas al placer, a la alegría y la risa (Bonilla Baquero, 1998), emociones que se imprimen en el espacio urbano que lxs niñxs habitan. A la vez, estas prácticas suelen llevarse adelante en grupo, de modo que, a partir de encontrarse para desplegar esas prácticas lúdicas, esos juegos o simplemente ese estar juntxs en la calle charlando, entre ellxs se construyen lazos afectivos. Lxs amigxs del barrio, así, se constituyen en un elemento relevante en las experiencias de lxs niñxs en el espacio, una relación cotidiana que permea sus prácticas y actividades allí. Encontrarse en la calle para jugar con otrxs era moneda corriente en las vidas de lxs niñxs, pero también otras prácticas lúdicas que hacían en grupo, como, por ejemplo, en palabras de Ramona (13 años): “tomar tereré o mate en el Ministerio, o ir a la plaza” (Registro de campo, noviembre 2020). Las actividades en grupo son una de las cosas que más resaltaban en las conversaciones, siempre con una carga positiva asociada a lo placentero y a aquello construido desde el deseo.

Un día del 2020, luego de haber cocinado para que lxs vecinxs se acerquen a llevarse un plato de comida, ya desde hacía varias horas que lxs niñxs y educadores estaban afuera, refugiándose del sol en el quincho de la parroquia Caacupé que queda frente al local, y habían puesto una mesa larga con sillas para comer, aunque varixs comían paradxs, charlando. Después de comer, se dio el siguiente intercambio con Paola (12) y también Ramona (13), dos niñas que asistían cotidianamente a AulaVereda Villa 31, en torno a ciertas cosas que les gustaría cambiar del barrio.

Autora1: ¿Hay alguna otra cosa que te gustaría cambiar?

Paola (12): Ehhhhh, sí. Que la gente se lleve más bien.

Autora1: ¿No te parece que la gente se lleve bien?

Paola: No. También quiero cambiar que la gente deje de mirar mal a los demás.

Autora1: ¿Eso es algo que pasa acá o que pasa en todos lados?

Paola: No, en todos lados, pero menos en la provincia. En la provincia no te miran mal, solo te saludan, o no te miran nada. Al lugar que yo fui, en ese lugar cuando fui había unos amigos, pero a cada rato salíamos, nos divertíamos, yo nunca me divertí tan así, y bueno, ahí yo.... Yo quiero vivir en la provincia. Pero también quiero vivir acá.

Autora1: ¿Por qué querés vivir acá?

Paola: Porque acá hay muchos amigos que yo conocí antes, era chiquita. Pero allá solo conocí este año, y el otro.

Autora1: ¿Tenés amigos acá?

Paola: Sip

–Llega Graciela (13), mostrando unos CD pintados de verde y con frases feministas escritas arriba–

Graciela: ¡Mira seño lo que hice! Hice con pintura, y un fibrón así finito.

Paola: A ver –agarra el CD que trae Graciela– ¿Era este? ¿Y qué vas a hacer con todo esto?

Graciela: ¡Voy a escribir más, y se cuelgan!

(Registro de campo, noviembre 2020)

Los afectos que lxs niñxs construyen en el barrio tienen efectos en los sentidos que elaboran acerca de ese territorio en el que viven. La mayoría de lxs niñxs a les que les preguntamos de forma directa si les gustaba vivir en el barrio dijeron que sí, y la razón principal era, como planteaba Paola, que allí tenían amigxs. Algunxs, incluso, hicieron una defensa férrea del barrio (“a mí me gusta mucho este barrio, no viviría en otro lado, me gusta vivir acá”, Paola, registro de campo, diciembre 2020). Tanto Paola como lxs otrxs niñxs viven cerca de sus amigxs, y eso les permite cierta autonomía para buscarse solxs sin necesidad de la compañía adulta para encontrarse y jugar o simplemente charlar. Ella, por ejemplo, vive en la casa de arriba de otra de las niñas, y en el mismo pasillo que otrxs dos hermanxs, y ellxs cuatro conforman una grupalidad y suelen acompañarse entre si en sus recorridos en el barrio. Entonces, los lazos de afecto interpersonales se trasladan también al territorio, impactando en los modos en los que lxs niñxs experimentan la vida en la villa. La cercanía de lxs amigxs y la posibilidad de encontrarse en el espacio público, ya sea en el pasillo, una calle o una cancha, genera lazos de pertenencia y afectividades hacia el propio barrio además de hacia los sujetos que lo componen.

Nos interesa retomar los planteos de Perez Sanz y Gregorio Gil (2020) quienes proponen que del derecho a la ciudad debiera estar anclado en poder generar sentimientos de pertenencia hacia los lugares, construir una relación afectiva con las ciudades. En este sentido, coincidimos con las autoras y con Shabel (2020) en que las emociones son formas de conocer en los procesos cotidianos, ya que estas son parte de las relaciones sociales y, por ende, si los espacios urbanos están atravesados por estas (a la vez que

también las atraviesan), también se encontrarán atravesados por las emociones que les sujetes construyen y desarrollan en relación con dichos espacios.

Estamos en la Casa de Clelia, ya terminó la actividad y un grupo nos estamos yendo, y quedan otros educadores continuando con el taller de música. Estamos juntando todo, despidiéndonos de los niños, cuando pasan por la puerta Ramona (13) y Carolina (16), que ese día no habían ido a la actividad. Están agarradas con los brazos entrelazados y super pegadas, y vienen charlando. Pasan y saludan, pero no se quedan, sino que siguen hacia el Playón.

(Registro de campo, noviembre 2019)

Es usual ver sobre todo a las niñas caminar juntas por la calle o agarradas de la mano, del brazo, o con un brazo alrededor de la espalda de la otra, como forma de expresar amistad y confianza entre ellas. A su vez, también se buscan entre ellas para ir a la Casa de Clelia, o les gusta acompañar a los educadores cuando van a buscar por sus casas, como una forma de asegurarse de la presencia de los otros en el espacio. Frente a la pregunta de qué les gustaba hacer cuando no estaban en el “cole” -abreviado de colegio-, (y no tenían que realizar tareas domésticas o vinculadas al hogar, sobre todo las niñas) las respuestas siempre giraban en torno a jugar con sus amigas, o estar con ellas en esos lugares cotidianos del barrio como el pasillo, la canchita, la parroquia o el Playón, y también espacios comunitarios que habitan cotidianamente como La Casa de Clelia. Las relaciones de los sujetos con el espacio lejos de ser generales son más bien situacionales, es decir, son el resultante de situaciones puntuales que implican el cruce de diversos ejes de desigualdad (género, edad, clase) y también momentos y lugares particulares (Lindón, 2005). Así, el disfrute está íntimamente relacionado con las amistades y con lugares específicos donde esas amistades se practican, vinculándose con especialidades concretas.

El grupo de niñas estaba compuesto casi en su totalidad por niñas, dado que eran las que más asistían a AulaVereda, y con quienes pude establecer un vínculo más cotidiano. Cuando miramos desde una perspectiva de género además de generación, las amistades aparecen también con una particular importancia. La grupalidad les brinda a las niñas una movilidad en el espacio público del barrio que en soledad no tienen (o que tienen en una menor proporción), y dependen del acompañamiento de los adultos para salir e ir a ciertos lugares que están por fuera de las trayectorias usuales. La constitución de un grupo de amigas como sucede con las niñas de AulaVereda Villa 31, habilita así la construcción de autonomía para transitar el barrio sin una tutela adulta, y ampliar sus recorridos allí. En este sentido, así como la ciudad se expande y hace más accesible en la medida en la que las niñas van creciendo (Chaves y Segura, 2015) también lo hace cuando la transitan grupalmente, empezando por el barrio.

Resulta interesante remarcar la importancia de la construcción de grupos de amigas en función de tensionar estos límites para moverse por el barrio, tanto espacial como temporalmente. Diversos estudios han resaltado la importancia de la grupalidad y las redes afectivas en torno al género (Kern, 2019), y podemos afirmar aquí que para las niñas estas grupalidades también tienen relevancia. En palabras de Kern (2019:82):

“Sujetas a un control espacial más fuerte que el que viven los varones, las adolescentes tienen que esforzarse para encontrar lugares de encuentro (...) esto incluye valerse del poder de la amistad...”.

Siguiendo con el planteo de la autora, a las niñas conformar una grupalidad les permite tener un espacio de cuidado y sostén, en donde pueden, como mostramos en el registro, compartir saberes y experiencias entre ellas, a la vez que también pueden construir esos lugares de encuentro lúdico en el espacio público, por fuera de sus hogares.

A su vez, el grupo de amigas aparece, en una de sus dimensiones, como ese espacio de construcción de autonomía desde donde tensionar las limitaciones impuestas por un espacio pensado desde lógicas patriarcales. Frente a un espacio urbano fuertemente androcéntrico, desde la conformación de una grupalidad las niñas ponen en jaque esas marcaciones de género. No nos referimos únicamente a lo que previamente nombramos aquellos límites temporales que se construyen desde una experiencia urbana donde la amenaza de la violencia sexual es común, sino también a otras formas de desigualdad en las experiencias urbanas de lxs niñxs que se ven condicionadas y guiadas por el género. Así, las amigas se transforman en un “kit básico de supervivencia urbana” (Kern, 2019: 74).

Morón

La localidad de Morón se conoce por tener uno de los centros urbanos más grandes del conurbano bonaerense de la región oeste. Según el Atlas del Conurbano Bonaerense (Programa de Estudios del Conurbano, 2015) el municipio ocupa el puesto 16 en relación con la densidad poblacional y superficie del primer cordón del conurbano, pero por su ubicación geográfica, la conectividad con otras ciudades que posibilita y su importante polo comercial e industrial son algunas de las características que la convierten en una de las principales ciudades del conurbano bonaerense (García Silva, 2014). El partido de Morón integra diferentes localidades (Castelar, Haedo, Morón, El Palomar, Villa Sarmiento), su centro urbano tan sólo cuenta con 12 kilómetros cuadrados y 122 mil habitantes; es decir, aproximadamente 10 mil personas por kilómetro cuadrado (una manzana). Cabe destacar que la localidad cuenta con una población que en gran parte se encuentra por sobre la línea de la pobreza y con la mayoría de sus necesidades básicas y materiales cubiertas, como evidenció el último Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas (INDEC, 2010) en cuanto a áreas como salud, educación y medio ambiente. Por su ubicación estratégica, tanto por ser punto de encuentro entre los ramales del tren Sarmiento y Metropolitano como por su cercanía a la Ciudad de Buenos Aires y a centros del conurbano como Ramos Mejía, se ha convertido en un lugar de mucha circulación.

En lo que respecta a la implementación de políticas públicas, el municipio de Morón cuenta con una memoria reciente de dispositivos que desde la propia gestión se presentaron con un foco puesto en la niñez y la acción social durante los 10 años del gobierno municipal de Martín Sabbatella entre los años 1999 y 2009, y los 6 años del gobierno de Lucas Ghi entre 2009 y 2015, 16 años de una gestión sostenida y unificada en el gobierno municipal. De esta iniciativa política se destaca la creación del dispositivo Por Chicos con Menos Calle y la Casa de la Juventud, espacios frecuentados por diversos

niñxs y adolescentes junto a sus familias. Su gestión en términos de políticas de niñez fue reconocida tanto por organizaciones sociales y religiosas como por parte de lxs mismos usuarixs.

Tanto por los registros generados por los diferentes dispositivos como a través de la observación participante realizada durante el trabajo de campo en el año 2019, vemos que la mayoría de lxs niñes, adolescentes y sus familias que circulan por el centro urbano de Morón provienen de las distintas barriadas populares tanto del Municipio de Morón como de municipios aledaños como La Matanza, Moreno y Merlo. Por la cantidad de medios de transportes que confluyen en el centro de Morón y por la variedad de comercios y circulación de personas, históricamente se ha tratado de un territorio habitado por distintas familias provenientes de barriadas populares que emplean diversas estrategias y modos para producir la vida. Tal como en todos los centros urbanos, entre las personas que circulan se encuentran aquellas que realizan tareas de subsistencia, entendidas por lxs mismxs hacedorxs como “de rescate”⁴, en virtud de la potencialidad económica del espacio céntrico. En el caso particular de la zona de Morón gran parte de quienes realizan estas tareas son niñxs y adolescentes. En su mayoría provienen de barrios cercanos a estaciones de trenes de ambos ramales, que en gran parte vuelven a sus hogares luego de realizar las tareas de subsistencia, aunque otrxs, por diferentes circunstancias, terminan habitando en las “ranchadas”⁵ de los grandes centros urbanos.

Para adentrarse en la dinámica de circulación que tienen lxs pibxs que habitan la calle en Morón no basta con caminar por el centro urbano. A simple vista, la ciudad continúa siendo ese espacio rodeado de vidrieras con muchas personas transitando y “de paso”. Porque habitar no es lo mismo que transitar. Habitar “es parar”, como dicen lxs mismxs niñxs y jóvenes al referirse a su lugar de pertenencia. “Yo paro en Morón hace bastante” (Registro de campo, octubre 2019) comenta Bruno (17) en uno de los intercambios. Y dicen “parar”, aunque paradójicamente sea una práctica en permanente movimiento, implica una reflexión, un proceso que no lo da el mero transitar. Porque se trata de un “andar”, un caminar, que es enunciado y, por ende, habitado. Al habitar los sujetos trazan los rasgos de una cotidianidad concreta, llenando de sentidos sus prácticas (De Certeau, 1999). De forma que el habitar funciona como práctica enunciada y estructura aglutinante de relatos y aventuras urbanas que surgen del desplazamiento cotidiano. Al andar, una y otra vez por las mismas veredas y sitios lxs niñxs interactúan entre espacios y personas, constituyendo actos creadores de espacio (De Certeau, 2001). Habitar debe ser entendido como un sinónimo de vivir, “sólo se habita cuando la persona se orienta e identifica con su entorno, cuando a éste se lo experimenta como algo significativo” (Pojomovsky 2008: 51) ya que como agrega Hernández (2016):

⁴ En términos de las y los operadores de calle de los distintos dispositivos se entienden a los “circuitos de rescate” como aquellos recorridos que las familias y muchas veces los niños, niñas y adolescentes realizan en los espacios públicos. Están formados por comercios, casas de familias, centros sociales o de beneficencia. Los mismos cuentan con un esquema de organización de días y horarios establecidos que hacen a una lógica más general respetada por quienes realizan trabajos similares.

⁵ La ranchada, más allá del origen popular y gauchesco, es un término que últimamente remite a significados carcelarios, utilizado para diferenciar los grupos hacia su interior y los usos de espacios correspondientes. En este caso lxs niñxs o jóvenes lo resignifican para el ámbito callejero. Esta comparación revela parte del imaginario con respecto a estos espacios.

“Al andar los niños y niñas establecen y recrean caminos, construyen sus experiencias al elegir modos y lugares por los cuales transitar. Sus recorridos, en este sentido, dan cuenta de los modos en que habitan “su” ciudad y seguir sus pasos nos asoma a su experiencia urbana. (2016: 67)”

En Morón, lxs niñxs y jóvenes construyen sus experiencias en torno al encuentro con otrxs y a la disposición del espacio social. Aquí, el “parar en Morón” aparece como una síntesis entre el andar y el habitar la calle, entre la circulación y la permanencia. En ese marco, lxs niñxs que “callejean”, dice Hernández (2016) “son de los sectores más pobres, para quienes su experiencia urbana se vincula en parte con el uso del espacio público” (2016:77). Esta dinámica no acontece de un día para el otro ni se presenta como un cambio radical. Muchas veces responde a prácticas cotidianas de circulación que ya se realizaban dentro del barrio, alternando entre casas de familiares, vecinxs, amigxs o mismo participando de circuitos familiares de búsqueda de recursos materiales para la supervivencia en centros urbanos.

“Yo en mi barrio también me la pasaba de gira. Eso no me lo dio la calle. Te lo da el barrio, de pibito me la pasaba en la casa de mis amigos y también otras veces me mandaban por meses a lo de mi tía que vivía a unas cuadras”
(Ernesto, 18 años, registro de campo, junio 2019)

La permanencia en la calle aparece, entonces, como un cotidiano que tanto puede exceder la presencia en los centros urbanos como así también es precedida por otras experiencias previas. Desde el relato de Ernesto se desprende una premisa: la figura del niño, niña o adolescente en calle no “molesta” en cualquier parte, tampoco en cualquier calle. Incómoda en el centro urbano, en el espacio público de la ciudad.

La calle, el espacio urbano, se construye como un lugar “de paso” sin involucramiento o implicancia sobre los hechos allí acontecidos (Augé, 1993). Esta no implicancia con el espacio público reviste, a su vez, una mirada sobre aquellxs que lo habitan de forma permanente. La objetivación de los sujetos, la invisibilización de la compleja problemática que los llevó a la calle y la incapacidad de considerarlos como iguales son algunas características de esta mirada. Sin embargo, la calle es también un lugar de construcción política e histórica de lo público, donde los diferentes actores con sus formas de habitarla se apropian de la misma, generan constantemente prácticas de resignificación y por ende de disputa política y construcción de sentidos.

La situación de calle, en este sentido, puede ser entendida como una forma particular de experimentar otras dimensiones de la niñez y adolescencia. En esa línea, coincidimos con Kessler cuando sostiene que la situación de calle no debe ser vista como una “experiencia totalizadora” (en Pojomovsky, 2008: 14) pues su experiencia implica una “alternancia” (2008: 144) y circulación entre otras vivencias. En este caso en particular, encontramos niñxs y adolescentes que construyen sus trayectorias y miradas de la propia vida a partir de la calle como así también por su participación en distintos ámbitos ya sean afectivos, familiares, políticos, religiosos y/o comunitarios. Muchas veces este “estar en la calle”, que puede ser visto desde afuera como una permanencia totalizadora, no es visto de la misma manera para quienes la habitan. La calle puede,

por el contrario, ser experimentada como una consecuencia habilitada por otras experiencias elegidas y/o privilegiadas para la vida en el momento de la adolescencia, como lo es la amistad entre pares. Sobre esto explicó lo siguiente Bruno:

“Tengo a todos mis amigos en la calle, eso es por lo que estoy en la calle. Por otra cosa no, de la calle no me gusta nada. O sea, yo paro en Morón hace bastante. Yo antes cuando era guachín⁶, cuando era más chiquito, salía a pedir monedas por todos los locales con mi hermano y entre todo eso conocí amigos muy copados que me cayeron muy bien, y nada, me empecé a juntar con mis amigos y seguí conociendo más amigos a través de ellos. Hoy en día no es que sigo en la calle, sino que sigo con mis mismos amigos que conocí y nada” (Bruno, 17 años, registro de campo, octubre 2019)

Para Bruno, como para muchxs, la calle es soporte de las relaciones que eligen construir. La dinámica callejera hace parte de una historia y una memoria colectiva construida durante mucho tiempo en el espacio social. Por ese motivo, el “parar” en la calle y generar un proceso de reflexión en torno al espacio habitado es, también, una manera de reivindicar la calle como un espacio que sostiene afectos y emociones a pesar del devenir de los transeúntes que pasan de manera cotidiana.

En ese sentido, la reconfiguración del espacio social y la disposición para uso y apropiación personal no sólo satisface la necesidad en términos materiales y organizativos de la vida, sino que modifican su percepción sobre su permanencia en el espacio y los vínculos que allí se construyen. “¿Y vos te vas y dejás todas tus cosas ahí?” le pregunté a Dario (15) cuando se propuso acompañarme a visitar a otro de los jóvenes. “Acá nadie toca nada, se sabe de qué es cada cosa. Nos cuidamos entre nosotros” me respondió aludiendo a un sentido de comunidad entre las personas que habitan la calle en Morón. “Yo dejo todo armado para que ya me quede el lugar” –explica Lucas (14) a la misma pregunta sobre el cuidado de las pertenencias– “está re piola este lugar, tenés solcito a la mañana para tomar mate con los “pibes” y sombra a la tarde cuando hace calor, me mato si lo pierdo. Además, entre nosotros no nos robamos y estamos atentos a las cosas de todos cuando anda alguien que no conocemos”.

Existe un uso, señalización y delimitación del espacio a partir de las pertenencias y se colocan estratégicamente en los lugares que se eligen para habitar. Entonces, no se trata de pibes y pibas circulando de manera azarosa y sin reflexión previa, sino que muestra la existencia de proceso de elección y selección de lugares para la resolución en torno a sus deseos y necesidades. Del mismo modo, sus experiencias nos plantean la configuración de lxs adolescentes como actores sociales que sostienen “formas concretas de ubicarse, prácticas de agrupamiento, operación, organización y diferenciación realizadas por ellos en espacios del centro de la ciudad” (Pérez Alvarez, 2005: 6).

⁶ Según Florencia Gentile (2015) la categoría “guachín” es utilizada por los propios niños y jóvenes para “clasificar a quienes dan sus primeros pasos de la socialización en la calle, en los que se realizan algunas acciones, pruebas y ensayos en las prácticas, capacidades y roles asociados con este mundo social. Sin embargo, las capacidades y racionalidades necesarias para manejarse en este mundo social no han sido aún aprendidas. Las categorías que refieren a esta condición etaria (...) se articulan con los sentidos morales asociados tradicionalmente a la condición infantil (la inocencia, el descubrimiento del mundo) y generan así sentidos peculiares propios de los contextos de marginalidad” (p.384).

Una historia que cuenta con lugares señalizados para su circulación, comercios donde dejar los bienes materiales, personas amigables a quienes pedir ayuda en momentos específicos, organizaciones sociales, iglesias y centros de día. Quienes incorporan dicha dinámica a su cotidiano callejero, generan diferentes vínculos con cada una de las personas que encarnan dichos espacios. La ranchada, el grupo de fútbol, la ubicación en un punto particular de la plaza La Roche se configuran en torno a las relaciones que lxs niñxs y jóvenes van construyendo.

Entretejiendo los espacios. Cruces entre morón y la villa 31

Es posible dilucidar algunos puntos de encuentro entre las dos experiencias previamente desarrolladas, sobre los que indagaremos a continuación. Al mismo tiempo, el cruce de ambas experiencias también permite visibilizar las diferencias entre las mismas y a partir de ellas, indagar en particularidades que también nos hablan de los sujetos con los que trabajamos. Metodológicamente, hacer trabajo de campo en un espacio difuso y cambiante como lo es la calle presentó un desafío extra, puesto que los sujetos (lxs niñxs y adolescentes) no sólo no están en un lugar siempre donde ir a observar sus prácticas, a dónde sentarnos en un rincón con un cuaderno a anotar, sino que el propio objetivo de nuestras investigaciones estuvo puesto en la relación entre lxs niñxs y el espacio público, en encontrar cotidianeidad en ese espacio marcado por la transición y la no permanencia.

Tanto en Morón como en la Villa 31 pudimos observar que lxs niñxs y adolescentes construyen el territorio por medio de habitarlo cotidianamente y, sobre todo, colectivamente. Lxs niñxs de la 31 despliegan juegos callejeros en las calles del barrio, mientras que lxs niñxs y adolescentes de Morón despliegan actividades productivas de subsistencia. Así, el habitar adquiere una pluralidad de formas, pero tanto en la 31 como en Morón sucede el “rancheo”, el permanecer con otrxs en el espacio público, en una suerte de encuentro lúdico y también fugaz. De este modo, la grupalidad y el *estar con otrxs* se transforman en parte fundamental de la experiencia espacial de lxs niñxs y adolescentes, significando el espacio a partir de la misma. En la 31 el espacio se transforma en *barrio* y en *espacio común* al estar atravesado por afectos, y lxs niñxs construyen afectos *hacia el barrio* además de *en él*. En Morón, habitar la calle es una manera de enunciar un cotidiano (De Certeau, 1999) que es compartido con otrxs. De esta manera, el espacio urbano es apropiado y modificado, no sólo para la satisfacción de necesidades y placeres sino también como sostén de relaciones y afectos.

Así, la forma de habitar el espacio público es una forma colectiva, siempre en conjunto con otrxs. Esto no implica que no existan también instancias en las que lxs niñxs y adolescentes se encuentren solxs, puesto que no están constantemente acompañadxs, pero que sí lo que es recuperado como lo más valorado del estar en la calle está imbricado con el estar con otrxs. Hay emociones asociadas con el disfrute, el deseo y el placer, construidas siempre con otrxs y, sobre todo, con lxs amigxs con quienes se encuentran y que forman parte indisoluble del espacio urbano y particularmente del espacio público, puesto que esas relaciones y afectos se despliegan fundamentalmente también allí, como analizamos en ambos apartados. Así, los afectos también construyen ese espacio público y forman parte de él. Entonces, habitar los espacios que habitan implica estar cerca de sus amigxs, ya sea en la villa o en las calles de Morón, y una posibilidad de estar juntxs, que motoriza afectividades vinculadas al disfrute. De este modo, las amistades

construidas en la calle forman una parte fundamental del habitar el espacio público de lxs niñxs y adolescentes, siendo un elemento angular de su experiencia urbana.

Más aún, los afectos no sólo se imprimen en el espacio, sino que también lo producen, puesto que están en el centro de la forma en la que lxs niñxs experimentan corporalmente el espacio en el que viven (Lindón, 2015). De este modo, las emociones y afectividades son un elemento central de los modos en los que lxs niñxs construyen deseos y proyecciones sobre el espacio. En este marco, tomamos en consideración la concepción de la afectividad propuesta por Lindón (2017) a través de su carácter circulatorio entre los cuerpos de un espacio-tiempo:

“La afectividad es social, porque va más allá de un individuo, pasa de un cuerpo al otro en la proximidad que ofrece el escenario urbano. La circulación de la afectividad entre los cuerpos genera tipos de performatividades o dramatizaciones, que son materializaciones efímeras de esa afectación. De esta forma, la afectividad contribuye a la construcción socioespacial del lugar porque las corporeidades hacen puestas en escena, que le dan un tono particular al lugar en cierto momento” (2017: 10)

La calle, entonces, es entendida como vehículo o mediador de afectos, pero no como fin. De forma que el dicho “parar en la calle” se relaciona con esa manera de entenderla: la calle como un paso momentáneo que se mide según las relaciones y afectos y que se puede mantener en el tiempo. “Parar” y “ranchar” aparece como una manera de habitar y enunciar un cotidiano (De Certeau, 2001). Así, las afectividades que construyen allí forman parte también fundamental del espacio público para lxs niñxs y adolescentes, lo interpelan y producen.

Conclusiones

La producción de afectividades en el espacio público también se erige en un modo de construirlo, y las prácticas de lxs niñxs y adolescentes ponen en jaque ciertos preconceptos sobre este, dado que, al tejer afectividades en él, hacen pública una práctica que desde una concepción binaria del pensamiento forma parte de los ámbitos privados (Maffía, 2020). De esta forma, las prácticas de lxs niñxs y adolescentes, que siempre se encuentran entrelazadas también con las prácticas adultas, tensionan ese binarismo, aportando también a una politización de las emociones en tanto estas son libradas del “confinamiento de lo privado” (Solana y Vacarezza, 2020: 6). Así, lxs niñxs participan de la producción del espacio urbano, puntualmente de ese espacio público que es la calle, ya sean callejeando en Morón o jugando a la mancha en la villa 31, y de este modo también están produciendo ciudad. Lejos de ser sujetos pasivos o que simplemente transitan o habitan ciertos lugares específicos de la trama urbana, pensados particularmente para ser habitados por la infancia –como las plazas, o las escuelas– lxs niñxs con lxs que trabajamos toman parte activa de la construcción de lo urbano, se muestran en él y se hacen visibles.

A su vez, mientras que reconocemos la existencia de peligrosidad en la calle –no sólo emociones vinculadas al miedo, sino también un peligro concreto y material que trae el estar en la calle para lxs niñxs con lxs que trabajamos–, querríamos reconocer y

registrar las emociones ligadas a lo placentero del espacio público. El placer callejero también atraviesa las experiencias urbanas de niñxs y adolescentes, estar en la calle está asociado al disfrute del encuentro con otrxs y la producción de redes afectivas entre ellxs, la alegría y la lúdica.

Lxs niñxs tejen vínculos de afectos entre ellxs, y estos afectos se imprimen en el espacio público, se trasladan a los territorios, lxs niñxs construyen afectos con el barrio, y no sólo en él. En este punto, nos interesaría, a futuro, recuperar la potencia de pensar a la ciudad y a su vínculo con lxs niñxs y adolescentes desde el deseo, y de poder posicionarlxs como sujetos deseantes afirmando que el deseo es también una construcción profundamente política. Siguiendo a Borja (1990):

“La ciudad del deseo no es la ciudad ideal, utópica y especulativa. Es la ciudad querida, mezcla de conocimiento cotidiano y de misterio, de seguridades y de encuentros, de libertades probables y de transgresiones posibles, de privacidad y de inmersión en lo colectivo.”

A su vez, también sería productivo profundizar en los modos en los que las afectividades inciden en la participación de lxs niñxs en los procesos políticos que involucran las transformaciones urbanas. Es decir, los modos en los que los afectos y emociones que lxs niñxs construyen para con sus barrios y territorios, movilizan a su vez prácticas políticas y sociales. El espacio vivido, ese espacio de lo simbólico y lo imaginario que se entreteje con las materialidades y con las prácticas urbanas está, para lxs niñxs, marcado por los afectos y amistades de la calle. La elección de priorizar los modos en los que viven la calle y lo público a partir de la construcción de afectos entre ellxs no es azarosa, sino que se trata también de visibilizar y jerarquizar modos colectivos de vivir en contextos hostiles y profundamente neoliberales, ya sea en las calles de Morón, o en una villa de la Ciudad de Buenos Aires. No es casual que, frente a un proceso de individualización, precarización y vulneración de la vida y los derechos, lxs niñxs y adolescentes construyan y se sostengan en redes afectivas, capaces de resistir a la individualización a la que lxs (y nos) somete constantemente el sistema capitalista.

Como anticipamos anteriormente, lxs niñxs y adolescentes no son ajenos a la vida social y comparten el mundo entre ellxs como así también con las personas adultas, aunque no en condiciones de igualdad (Szulc, 2019). Si bien el subcampo que analiza la niñez de manera situada en el espacio urbano a través del enfoque etnográfico no es nuevo, luego del diálogo entre los dos trabajos aquí presentados, coincidimos en que se trata de un eje a escudriñar tanto en lo que respecta a los estudios urbanos como así también a aquellos que abordan la niñez. Lxs niñxs y adolescentes no sólo habitan, disputan y modifican las ciudades, sino que también construyen conocimientos sobre las mismas. En ese marco, sus reflexiones podrían contribuir tanto en lo que refiere a la continuidad de prácticas más genuinas para la investigación social que aborda la niñez como así también para la creación y adecuación de aquellas políticas públicas que piensan la ciudad. Frente a aquel discurso que encasilla a los niñxs pobres que habitan el espacio urbano como víctimas, ellxs nos enseñan que otra mirada es posible: se muestran resolviendo, eligiendo en qué espacio participar y de qué manera, disfrutando de su vida y de las redes afectivas que lxs sostienen e identifican. Niñxs

y adolescentes desafiantes que revelan sus capacidades, sus fortalezas, sus redes de pertenencia colectiva y la importancia que para ellxs tiene el placer, enfrentando los persistentes estereotipos estigmatizantes mediante los que –sin tenerlxs en cuenta– se insiste en “sacarlxs de la calle”.

Bibliografía

- Achilli, E. (2013). Investigación socioantropológica en educación. Para pensar la noción de contexto. En N. Elichiry (comp), *Historia y vida cotidiana en educación. Perspectivas interdisciplinarias* (pp.33-47). Buenos Aires: Manantial.
- Ahmed, S. (2015). *La política cultural de las emociones*. México: PUEG.
- Augé, M (1993). *Los no lugares*. Francia: Editorial Gedisa.
- Bonilla Baquero, C. (1998). Aproximación a los conceptos de lúdica y ludopatía. V *Congreso Nacional de Recreación*. Ponencia llevada a cabo en el V Congreso Nacional de Recreación, Manizales, Colombia.
- Borja, J. (1990). La ciudad del deseo. *Pasajes: Revista de pensamiento contemporáneo*, 3, pp.83-86.
- Carli, S. (1999). *De la familia a la escuela. Infancia, socialización y subjetividad*. Buenos Aires: Santillana.
- Chaves, M. y Segura, R. (2015). *Hacerse un lugar: circuitos y trayectorias juveniles en ámbitos urbanos*. Buenos Aires: Biblos.
- Colángelo, M. A. (2003). La mirada antropológica sobre la infancia. *Actas Seminario Internacional “La Formación Docente entre el siglo XIX y el siglo XXI”*. Buenos Aires:UNLP.
- De Certeau, M. (1999). *La invención de lo cotidiano: artes de hacer*. México: Iberoamericana.
- De Certeau, M. (2001). *La Invención de lo cotidiano 2. Habitar, cocinar*. México: Iberoamericana.
- Duarte Quapper, C. (2012). Sociedades adultocéntricas: sobre sus orígenes y reproducción. *Última década*, 20(36), pp.99-125.
- García Palacios, M. (2015). Monjas, asesinatos y apariciones. Rumor y alteridad religiosa en el contexto de las experiencias formativas de los niños y niñas de un barrio toba/qom de Buenos Aires. *Papeles de Trabajo*, 29, pp.49-64.
- García Palacios, M. y Hecht, A. C. (2009). Los niños como interlocutores en la investigación antropológica. Consideraciones a partir de un taller de memorias con niños y niñas indígenas. *Tellus*, 17(9), pp.163-186.
- García Silva, R (2014). *Los chicos en la calle llegar, vivir y salir de la intemperie urbana*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Gentile, F (2015). “Pibes” y “guachines”: clasificaciones etarias callejeras en el AMBA. *Lo público en lo privado y lo privado en lo público: sociedad, política y Estado*. Ponencia llevada a cabo en las 4tas Jornadas de Estudios sobre la Infancia, Buenos Aires, Argentina,
- Guber, R. (2001). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Norma.
- Harvey, D. (2004). El nuevo imperialismo. Acumulación por desposesión. *Socialist*

Register, 40.

Hernández, C. (2016). *Crece en la ciudad: Usos y representaciones del espacio urbano entre niños y niñas de La Plata (Provincia de Buenos Aires, Argentina)* (tesis de doctorado). Universidad de San Martín. Argentina.

Instituto Nacional de Estadísticas y Censos. (2010). Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas. Disponible en: <https://www.indec.gov.ar/indec/web/Nivel4-Tema-2-41-135>

Kern, L. (2019). *Ciudad feminista. La lucha por el espacio en un mundo diseñado por hombre*. Buenos Aires: Godot.

L'Huillier, F. (2020). Mercado del suelo, renta urbana, y problemática habitacional. Una aproximación teórica desde la Ciudad de Buenos Aires. *Huellas*, 4(2), pp.65-86.

Lefebvre, H. (1968). *El derecho a la ciudad*. Madrid: Capitán Swing.

Lefebvre, H. (1974). *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing.

Lindón, A. (2005). El mito de la casa propia y las formas de habitar. *Scripta Nova, revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, 9.

Lindón, A. (2015). Del espacio público de las hexis corporales al de las afectividades brumosas y no discursivas. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, 17, pp.8-19.

Lindón, A. (2017). La ciudad movimiento: cotidianidades, afectividades corporizadas y redes topológicas. *Inmediaciones de la Comunicación*, 12(1), pp.107-126.

Macón, C. (2013). Sentimus ergo sumus. El surgimiento del “giro afectivo” y su impacto sobre la filosofía política. *Revista Latinoamericana de Filosofía Política*, 2(6), pp.1-32.

Maffía, D. (2020). Feminismo y epistemología: un itinerario político personal. En D. Maffía, A. Moreno Sardá, Y. Espinoza Miñoso y B. Radi (comps). *Apuntes epistemológicos* (pp. 17-30). UNR Editora.

Marcús, J. (2014). Vos (no) sos bienvenido. El control y la regulación del espacio urbano en la Ciudad de Buenos Aires, *Scripta Nova, revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, 18.

Perez Sanz, P., y Gregorio Gil, C. (2020). El derecho a la ciudad desde la etnografía feminista: politizar emociones y resistencias en el espacio urbano. *Revista INVI*, 35(99), pp.1-33.

Pérez Álvarez, A (2005). *Maniobras de la sobrevivencia en la ciudad. Territorios de trabajo informal infantil y juvenil en espacios públicos del centro de Medellín – Colombia* (tesis de grado) Universidad Nacional de Medellín. Colombia.

Pojomovsky, J. (2008). *Cruzar la calle. Vínculos con las instituciones y relaciones de género entre niños, niñas y adolescentes en situación de calle*. Buenos Aires: Espacio.

Programa de Estudios del Conurbano. (2015). Morón. Universidad Nacional de Avellaneda. Disponible en: <http://www.atlasconurbano.info/pagina.php?id=28>

Rockwell, E. (2009). *La experiencia etnográfica*. Buenos Aires: Paidós.

Rockwell, E. (2011). Los niños en los intersticios de la cotidianeidad escolar: ¿resistencia, apropiación o subversión? En G. Batallán y M.R Neufeld (coords), *Discusiones sobre infancia y adolescencia. Niños y jóvenes, dentro y fuera de la escuela* (pp.27-52). Buenos Aires: Biblos.

Rolnik, R. (2021). *La guerra de los lugares. La colonización de la tierra y la vivienda en la era de las finanzas*. LOM ediciones y Editorial El Colectivo.

Shabel, P. (2019). "Una reunión de niños". Construcciones de conocimiento infantil sobre la política en un movimiento social. *Cuadernos de antropología social*, 49(1), pp.163-178.

Shabel, P. (2020). Qué es una casa. Las emociones en la construcción de conocimiento. *Revista Latinoamericana de estudios sobre cuerpos, emociones y sociedad*, 34(12), pp.19-29.

Sirimarco, M. y A, Spikak L'Hoste. (2019). Antropología y emoción: reflexiones sobre campos empíricos, perspectivas de análisis y obstáculos epistemológicos. *Horizontes Antropológicos*, 25(53), pp. 299-322.

Soja, E. (2008). *Postmetrópolis. Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones*. Madrid: Traficantes de sueños.

Solana, M. (2020). Afectos y emociones ¿una distinción útil?. *Diferencias, revista de teoría social contemporánea*, 1(10), pp. 29-40.

Solana, M., & Vacarezza, N. L. (2020). Sentimientos feministas. *Revista Estudios Feministas*, 28.

Szulc, A. (2006). Antropología y Niñez: de la omisión a las "culturas infantiles". En G. Wilde y P. Schamber (eds). *Cultura, comunidades y procesos contemporáneos* (pp.25-50). Buenos Aires: Editorial SB.


Szulc, A. (2015). *La niñez mapuche. Sentidos de pertenencia en tensión*. Buenos Aires: Biblos.


Szulc, A. (2017). Niñez mapuche, revitalización ritual y procesos de etnogénesis. *Avá. Revista de Antropología*, 32, pp.81-107.

Szulc, A. (2019). Más allá de la agencia y las culturas infantiles: Reflexiones a partir de una investigación etnográfica con niños y niñas mapuche. *Runa*, 40(1), pp.53-64.

Szulc, A.; Hecht, A. C.; Hernández; M. C.; Leavy, P.; Varela, M.; Veron, L.; Enriz, N. y Hellemeier, M. (2009). La investigación etnográfica sobre y con niños y niñas. Una mirada desde la antropología. *Latinoamérica Interrogada*. Ponencia llevada a cabo en el XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología, Argentina.

Zenobi, D. (2020). Antropología política de las emociones: las movilizaciones de víctimas en América Latina. *The journal of Latin American and Caribbean Anthropology*, 25(1), pp.123-144.

 **Camila Parodi** es licenciada en Ciencias Antropológicas (UBA). Se desempeña como docente tutora de aulas virtuales en ESI del Programa Nacional de Formación Permanente: "Nuestra Escuela" del Ministerio de Educación. Integra el grupo de investigación Niñez Plural (UBA), el grupo de estudios sociales sobre Niñeces y Juventudes de América Latina y el Caribe (IEALC/UBA) y el colectivo de investigación de Ecología Política (IRES/CONICET). A través de su oficio como periodista realiza estudios sobre niñeces, juventudes y crisis climática integrando la práctica etnográfica, la perspectiva feminista y la ecología política.



Hebe Montenegro es licenciada en Ciencias Antropológicas por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Actualmente se encuentra realizando el doctorado en Ciencias Antropológicas en la misma institución, para el cual cuenta con una beca doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Sus temas de investigación son la participación infantil en la producción del espacio urbano, infancia y desigualdad habitacional, y la relación entre la niñez y las políticas urbanas. Integra Niñez Plural, un equipo interdisciplinario de investigación sobre niñez, alteridad y desigualdad.